

superior empieza, ni están bien ajustados los límites entre el forzoso ejercicio docente y el libre ejercicio literario y disciplina filosófica. Llegó un momento en que para todo servían los doctores en filosofía y letras hasta para educadores —conscientes, responsables, perseverantes, abnegados— de la juventud. Tenía que llegar el día en que sirvieran para algo.

Resuena en mi memoria esta frase que le escuché a Monseñor Castro Silva con el embeleso que su persona y verbo nos producía. La elocuencia de Castro Silva se puede calificar literalmente de *fulgurante* porque brota, aún más que de sus labios, de su vibrante y avasallante mirada: “La transformación de la realidad en símbolo siempre se ha hecho en detrimento de la realidad.” Así decía el único sucesor digno del Rector de ayer. Y pienso yo que al asumir ante mis compatriotas el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el carácter de símbolo de la educación que no ha mucho se dispensaba en Colombia, la realidad histórica, concreta, no ha sufrido menoscabo y desmedro al adquirir sus virtudes simbólicas. El Rosario real y el Rosario simbólico se compenetrán misteriosamente. Y en este punto pongo amén a este sartal o rosario engarzado por el sentimiento más hondo de recuerdo y cariño al *Alma Mater*, pidiendo perdón con la misma excusa de Pascal: me ha salido larguísima esta carta porque no he tenido tiempo de escribirla corta. Si bien estoy seguro de que mis compañeros externos, convictores, oficiales, o colegiales juramentados no se quejarán de mi extensión, ni de que haya abusado de la primera persona de singular, que es en todo caso, primera persona rosarista porque se habrán quedado esperando que yo recite y cuente todos los misterios del ROSARIO.

## Don Marcelino Menéndez y Pelayo

EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE, 3 DE NOVIEMBRE DE 1956

*Oración pronunciada en la Capilla de “La Bordadita” por Monseñor José Eusebio Ricaurte.*

Laudemus viros gloriosos... pulchritudinis studium habentes.  
Sapientiam ipsorum narrent populi et laudem eorum nuntiet  
Ecclesia. Eccli. XLIV, 1-14.

Alabemos a los varones gloriosos, que se dedicaron al estudio de la belleza. Pregonen los pueblos su sabiduría y la Iglesia anuncie sus alabanzas.

Nos congrega hoy el recuerdo agradecido y cariñoso de nuestro maestro, de quien nos enseñó tan múltiples verdades, de quien iluminó con los fulgores de su genio, no sólo a sus compatriotas, sino a todos los que hemos tenido la felicidad de saborear la magnificencia de sus escritos, llenos no sólo del más generoso amor a su patria, sino dirigidos por su amor a Cristo y a su iglesia santa, y nos mostró la grandeza de España, no tan sólo la del siglo de oro sino la de todos los tiempos.

Es el genio un destello de Dios. Es el universo un himno triunfal y potente que pregona la belleza infinita de la causa primera, himno majestuoso, delicadamente ordenado y armonioso, en el que cada cosa ocupa su puesto y anuncia la sabiduría y la inteligencia incomprensible para nosotros del que lo compuso y tan acordemente lo ordenó. Himno que tuvo su primer verso cuando en el abismo del vacío dijo Dios: “Hágase la luz”, y quedó escrito en caracteres rutilantes el comienzo de ese poema que jamás terminará, porque cuando la materia ya no sea, lo continuarán los espíritus que no pueden morir.

De entre ese universo maravilloso se levantan los espíritus como reflejos vivientes de esa hermosura eterna. Con razón dice la Escritura-

ra que cuando Dios vio brillar en los ojos de Adán el alma espiritual exclamó que todo era *muy bello*.

El genio es el ápice de esa obra, y es, si pudiéramos hablar así, como el mayor esfuerzo de su omnipotencia, su obra maestra.

Como la santidad es el ápice de la creación en el orden sobrenatural, así el genio es en el orden natural la más feliz expresión de Dios.

El que hoy admiramos, aquel por quien hoy bendecimos a Dios no fue un sabio que guardada para sí los tesoros y puede decir las palabras del libro de la Sabiduría: "La amé más que los tesoros y los honores, y pensé que todo el oro, comparado con ella, es sólo un poquito de arena. Todos los bienes me llegaron con ella. La aprendí sin ficción, y la comuniqué sin envidia, y no escondí sus bellezas." (Sap. VII, 7-14.)

Quiso enaltecer a España, a su España, a quien no sólo quiso servir, sino que sacó a luz sus pasados y presentes grandezas; no las de las armas, que estimó secundarias, sino las de las letras, y nos mostró la inmensa serie de sus escritores, de los cultivadores de la belleza y demostró ante el mundo que España merece un tributo de admiración, y la enaltecíó más que sus otros panegiristas. Ya a los dieciséis años escribió tratados sobre el teatro español, sobre los poetas latinos y sobre Cervantes. A los dieciocho se impone como crítico supremo, digno del respeto de los eruditos, y comienza a mostrar escritores desconocidos aun de los letrados. Ya discute a los veinte años las teorías filosóficas, no sólo de los grandes luminares, sino hasta de oscuros escritores, que analiza con profunda sagacidad. A los veinticuatro saca el libro de los Heterodoxos, pasmo de la humana erudición. Es pues con toda verdad el orientador de la cultura.

Digo que fue nuestro maestro, no sólo por habernos enseñado a estimar y justipreciar a los grandes escritores, y por habernos mostrado la auténtica belleza de sus creaciones, sus cualidades y sombras, sino porque toma como de la mano a nuestra literatura colombiana y la presenta al mundo con regia consideración y con entrañable cariño para que Colombia aparezca ante las naciones cultas como nación no mediocre en el cultivo de la verdad y de la belleza, de las letras y de la poesía.

Su prosa es limpia y transparente, pues las palabras jamás oscurecen su pensamiento, sino que lo visten como en regio manto de

púrpura que deja ver toda la verdad y la contextura hercúlea de quien sabe manejar el idioma con tanta seguridad y precisión.

Las poesías de sus primeros años están llenas de espontaneidad y gracia, de vigor y de originalidad, aunque nunca pretendió que este fuera su reino.

Monarca de la inteligencia, gigante capaz de llevar sobre sus hombros la bóveda estrellada y hacerla girar a los ojos de sus lectores con todas las rutilantes maravillas que supieron producir los creadores de la armonía y los cultivadores de la idea, acertados o equivocados.

## I PARTE (EL CRISTIANO INTEGRAL)

Quisiera en estos momentos tener fuerzas y capacidades para mostrárselo como el cristiano integral, el fiel discípulo de Cristo y servidor sincero de su Iglesia, y luego como su defensor y apologista supremo de los últimos siglos, que la mostró santa y pura y sin mancha ni defecto, aun a pesar de los extravíos de sus pobres hijos.

Podemos definir a don Marcelino Menéndez y Pelayo como "el caballero de Cristo".

El amor a Cristo es la cumbre de la humana gloria y de la felicidad. Amar a Cristo es transformarse, es divinizarse, es ascender por sobre todas las pequeñeces de lo creado hasta el beso con la divinidad. Y para un cristiano, amar a Cristo es la razón única de la vida, el único motivo de sus anhelos, la cumbre de su elevación personal.

Menéndez y Pelayo no tuvo ideal mayor que el de servirlo y amarlo de manera integral, sin distingos ni atenuaciones, siguiendo toda su doctrina, hasta en sus ínfimos detalles, como corresponde a quien sabe que es el Hijo de Dios, y la Verdad sustancial increada, y el "*esplendor sustancial de la belleza del Padre*".

El confunde e identifica este amor con el afecto filial para con la Iglesia, a la que quiere honrar y servir sin tolerar apartarse de ella ni en un ápice, a quien somete gustoso toda su portentosa inteligencia y la pone a su servicio y le consagra la vida toda.

Identificar a Cristo con la Iglesia es doctrina fundamentalmente cristiana, como lo hacía San Pablo, quien en todos sus escritos y predicaciones desarrolla genialmente la verdad de que la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, es su continuación sobre la tierra, de modo que llega a llamarla no sólo por su nombre de Iglesia, sino que en al-

gunas ocasiones, como al hablar de su organización, la llama simplemente: *Cristo* (I Cor. I, 13-I Cor. XII, 12.)

Por esta razón, aunque nunca pretende escribir sobre religión, ni quiere redactar un tratado de teología, y sólo quiere aparecer como un humilde soldado, como un alumno que aprende sumisamente, con todo, sus obras van marcadas con ese sello de amoroso respeto filial y en todas se transparenta su fe inmensa, clara, firme, colmada de evidencia. Y aun muchas de sus obras entran en el cauce de lo puramente religioso como cuando estudia los autos sacramentales; sus ensayos de crítica filosófica escritos a los dieciocho años, tiempo en que escribió las noticias históricas sobre los jesuitas extrañados de los dominios españoles en tiempos de Carlos III, y comenta el derecho de gentes fundado por el padre Francisco Vitoria.

Durante toda su vida consagra su pluma excelsa no sólo a las glorias de España, que si había sido señora del mundo por sus huestes, y había cubierto con su prudente y caritativa legislación la redondez del mundo, había brillado más como apóstol de la verdad y paladín de Cristo; sino que la empapa en la divina verdad para derramar a torrentes esa luz revelada, y el enamorado de la Iglesia nos describe el siglo XII como el siglo de San Fernando; nos muestra la obra gigantesca de la Iglesia en la civilización de España. Toma la palabra en discursos que son magníficas profesiones de fe, cuando enaltece las glorias de su madre la Iglesia en el aniversario de la coronación de León XIII, o en el quincuagésimo aniversario de la definición de la Inmaculada Concepción, y cuando elogia con noble entusiasmo a Balmes o a Donoso, o preside un certamen eucarístico.

Dominó la ciencia teológica, y se atrevió a penetrar en los hondos caminos por donde Dios lleva a las almas ya desprendidas de la escoria humana hasta las visiones anticipadas de Dios en la contemplación, que es lo que se llama la teología mística, como lo demostró en su discurso al tomar posesión del sillón en que honró a la Academia de la Lengua en 1881.

Con cuanto amor ensalza a San Agustín, las innúmeras veces que lo nombra; a San Dámaso, luz de la Iglesia y de la poesía; a Prudencio de quien dice: "Dulce es traer a la memoria el nombre de Prudencio, poeta lírico el más inspirado que vio el mundo latino después de Horacio y antes que Dante. No he de recordar aquí los maravillosos himnos en que celebró los triunfos de confesores y de mártires,

a la manera que Píndaro había ensalzado a los triunfadores en el estadio y en la cuádriga, ni he de hacer memoria de su poema contra Simaco, rico de altas y soberanas bellezas de pensamiento y expresión, que admira encontrar en autor tan olvidado; ni la *Psychomachia* que, aparte de su interés filosófico, coloca a Prudencio entre los padres del arte alegórico, sino de otros poemas teológicos, la *Apotheosis* y la *Hamartigenia*, que son formales refutaciones de sistemas heréticos" (Heter II, C. II).

Con toda verdad, pues, podemos decir que en la frente de don Marcelino brillaba la luz del abutismo.

No extrañemos, pues, que la cumbre de la humana sabiduría se inclinara cariñosa ante el magisterio que Cristo confiara a su Iglesia, como ante una madre lo hace con orgullo todo buen hijo, como cuando nos cuenta sus esperanzas de que España "mientras no se aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos; mientras guarde memoria de lo antiguo, y se contemple solidaria de las generaciones que la precedieron, aun puede esperarse su regeneración; aún puede esperarse que, juntas las almas por la caridad, torne a brillar para España la gloria del Señor, y acudan las gentes a su lumbre y los pueblos al resplandor de su oriente" (Heter. Epílogo).

Sabemos todos que en filosofía se inclinó vivamente a Luis Vives y que si en lo dogmático estuvo siempre con Santo Tomás, en lo filosófico, en lo puramente discutible, no simpatizó con el neotomismo de su tiempo, y con todo y con sincero entusiasmo se pasa a las filas tomistas cuando cree con eso acatar la voluntad de la Iglesia y declara que "la hermosísima encíclica *Aeterni Patris*, en que el sabio Pontífice que hoy rige la nave de San Pedro, nos ha señalado el más certero rumbo para llegar a las playas de la filosofía cristiana" (Heter. L. VIII, C. 4).

## II PARTE.—EL APOLOGISTA

Pero tiempo es ya de que veamos algunos de los certeros lances del luchador por España y por Cristo; quien "a los veinte años era, no sólo un sabio de reputación europea, sino cuya aparición repentina en el campo de batalla había producido en las filas enemigas un efecto parecido al que causaba Santiago en las huestes de la morisma. El infantil campeón del catolicismo derribaba de un solo mandoble

filas de contrarios y quebraba los aceros de los más acreditados adalides (Gómez Restrepo).

En esas batallas quiso ser sólo soldado, nunca pretendió hacerse obedecer, ni dar órdenes como capitán. Se declara "hijo sumiso de la Iglesia" como lo fue en todo el rigor de la verdad y llega hasta disculparse de tener que citar testimonios de escritores protestantes en favor de nuestra fe. Cuando luchaba a un mismo tiempo contra enemigos internos y externos como Revilla y Perojo, moderó sus ímpetus al instante que recibió la paternal advertencia de León XIII de dejar a un lado las cuestiones de importancia secundaria para enderezar los esfuerzos a la defensa de la verdad revelada. (R. M. Carrasquilla, Alocución en la Academia.)

Su obra máxima como apologista es la *Historia de los Heterodoxos españoles*. La materia en efecto parece bien árida y de poco interés: ¿Qué nos importan hoy viejas discusiones sobre problemas que ya no se discuten? Pero le supo dar tal animación e interés, que hace sentir el alma de los que intervinieron, y muestra su influjo en las generaciones siguientes, y todo cobra interés y vida y movimiento y poesía dramática, pues bajo su pluma los polvorientos archivos se animan de vida y de actualidad. Allí reviven hasta los más oscuros y desconocidos escritores de otros siglos y al lado de los famosos herejes y apologistas figuran nombres de autorcillos desconocidos hasta de los más eruditos.

Mejor que en el pincel de Velázquez o que en los dramas de Calderón, aparecen algunas figuras en medio de un dramatismo que estremece. Imposible hacer una descripción más vivaz que la del suplicio de Miguel Servet, a quien condena por sus herejías, y tacha por sus lamentables errores contra la fe; pero admira al sabio descubridor de la circulación de la sangre, y su recio temple aragonés, y al hacernos presenciar su ejecución en el campo de Champel, nos hace oír el crujido de sus carnes, la angustia de su espíritu, y la inverosímil crueldad de Calvino, quien en nombre del libre examen y de la libertad de pensamiento extremó las crueldades con el humillado sabio, hasta hacerle prolongar brutalmente el suplicio, haciendo poner leña húmeda en la hoguera, para solazarse en las indecibles angustias de su víctima.

Cómo tritura al pobre don Cipriano de Valera, cuya traducción de las Escrituras estudia, para mostrarnos su indignidad de apóstata y de plagario.

Más de cinco mil cuatrocientos autores analiza y estudia y descubre las influencias que los condujeron y los estragos que lograron en los campos de la verdad.

Llega a lo sublime en el parangón entre Balmes y Donoso. Oigamos sus palabras:

"Balmes y Donoso compendian el movimiento católico en España desde 1834. Entre ellos no hay más que un punto de semejanza: la causa que defienden. . . Balmes es el genio catalán paciente, metódico, sobrio, mucho más analítico que sintético, iluminado por la antorcha del sentido común, y asido siempre a la realidad de las cosas, de la cual toma fuerzas, como Anteo del contacto de la tierra. No da paso en falso, no corta el procedimiento dialéctico, no quiere deslumbrar sino convencer; no da metáforas por ideas, no deja pasar noción sin explicarla; no salta los anillos intermedios, no vuela; pero camina siempre con planta segura. Con él no hay peligro de extraviarse, porque tiene en grado eminente el don de la precisión y de la seguridad. No es escritor elegante, pero sí escritor macizo. Donoso es la impetuosidad extremeña y trae en las venas todo el ardor de las patrias dehesas en estío. No es analítico sino sintético; no desmenuza con sagacidad laboriosa, sino que traba y encadena las ideas, y procede siempre por fórmulas. No siempre convence, pero arrebata, suspende, maravilla y arrastra tras sí en toda ocasión. Aún más que filósofo, es discutidor y polemista: aún más que polemista, orador. No es escritor correcto; pero es maravilloso escritor, y habla su lengua propia, ardiente y tempestuosa unas veces, y otras seca y acerada. No hay modo de confundir sus páginas con las de otro alguno: donde él está sólo los reyes entran. En ocasiones parece un sofista, y es porque su genialidad literaria le arrastra, sin querer, a vestir la razón con el manto del sofisma. A veces parece un declamador ampuloso, y no obstante es sincero y convencido. Habla y escribe como por relámpagos; asalta a guisa de aventurero, las torres del ideal, y cada discurso suyo parece una incursión vencedora en el país de las ideas madres. Todo en él es absoluto, decisivo, magistral: no entiende de atenuaciones ni de distinguos: su frase va todavía más allá de su pensamiento: jamás concede nada al adversario, y en su afán de cerrarle todas las salidas, suele cerrárselas a sí mismo. No sabe odiar ni amar a medias: es de la raza de Tertuliano, de José Maistre. Balmes y Donoso han cumplido obras distintas, pero igualmente necesarias. Do-

noso, el hombre de la palabra de fuego, especie de vidente de la tribuna, ha sido el martillo del eclecticismo y del doctrinarismo. Balmes el hombre de la severa razón y del método, sin brillo de estilo, pero con el peso ingente de la certidumbre sistemática, ha comenzado la restauración de la filosofía española que parecía hundida para siempre en el lodazal sensualista del siglo XVIII.”

Bien se ven su perspicacia de psicólogo y su corazón de cristiano cuando nos habla con íntimo cariño de Osio, el defensor de Atanasio, legado pontificio al primer concilio ecuménico, y dice que su carta al *basileus* vizantino, Constancio, “es la más digna, valiente y severa que un sacerdote ha dirigido a un monarca”, y lo defiende de la calumnia de prevaricación. Admira a Erasmo, pero reduce su gloria y fama, y se enardece con cada palabra irreverente del gran escéptico. Ama a San Juan de la Cruz como a un amigo y dice que “sus versos son los más admirables, y de fijo superiores a todos los que hay en castellano”.

Cuando uno se baña en una playa del mar y lo envuelve una ola siente la inmensidad del abismo y cuando pasa imagina uno haber triunfado de algo enorme, pero le queda en la boca sabor de amargura. Al leer los Heterodoxos se siente la enormidad de un insondable abismo, pero queda uno amargado por la tristeza de tanto error, de tanto desvarío de la mente humana y alegre por el triunfo definitivo de la verdad. En efecto es esta la máxima apología de la verdad católica de los últimos siglos.

Si fue apologista por la fuerza y claridad de su argumentación, lo fue mayor por la rectitud de su vida de cristiano integral.

Es conmovedor ver la humilde sumisión con que el genio reconoce el magisterio infalible de la que Dios puso por columna y fundamento de la verdad, cuando termina su apología diciendo: “Todo lo contenido en estos libros, desde la primera palabra hasta la última, se somete al juicio y corrección de la santa iglesia católica, apostólica, romana, y de los superiores de ella, con respeto filial y obediencia rendida.”

Obra de justicia hace la iglesia española cuando con todo el prestigio de sus ínfulas y la autoridad de sus báculos hace la declaración colectiva del 1º de abril de este año en la que leemos: “Es un honor de nuestra España que en ella no hayan florecido escuelas heterodoxas, como lo demostró el grande historiador de la cultura española

Marcelino Menéndez y Pelayo, cuyo centenario estamos celebrando este año. En él tienen un gran maestro y modelo los intelectuales españoles. Asombrosa su lectura de autores españoles y extranjeros, gran amplitud de criterio, claridad y dignidad en las discusiones, pero fidelidad inquebrantable a la ortodoxia de la fe y al magisterio de la iglesia. Imítente los intelectuales católicos en su vocación al estudio, los universitarios en el respeto y veneración que tuvo a sus mejores maestros, en su noble magisterio de profesor y de escritor los profesores y escritores.”

La iglesia tributa hoy cariñoso homenaje a uno de sus mejores hijos y lo propone como ejemplo de noble hidalguía. Confiando en la infinita generosidad de Cristo a quien tan fielmente sirvió, esperamos que su alma, que en este mundo estuvo marcada con los destellos de la sabiduría, ya vio la luz eterna y en sus resplandores vive para siempre, y recibe, no sólo la recompensa de sus muchos trabajos, sino que está marcada con la aureola del genio, que es dádiva de Dios. Su corazón fiel ya oyó la palabra del Juez Supremo: “Bien por ti, siervo bueno y fiel: entra en el gozo de tu Señor.”

